

936  
L.

DC 179

L3  
v.4



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# HISTORIA DE LOS GIRONDINOS.

## LIBRO TREINTA Y SIETE.

Contemporiza Dumouriez. — La Bélgica. — Danton. — Sus planes. — Descontento de Dumouriez. — Sale de Bruselas. — Va á Paris. — Medita la conquista de Holanda. — Vuelve á Bruselas. — Orden de la Convencion. — Beurnonville. — Derrota. — Dumouriez trata con los enemigos. — Rumores sobre su defeccion. — La familia de Orleans. — Comisionados al campamento de Dumouriez. — Llamamiento de Dumouriez. — Se niega á obedecer. — Entrega los comisionados á los austriacos. — Defeccion. — Dumouriez se libra de la muerte por medio de la fuga.

### I.

El ejército francés halló en Mons doscientas piezas de artillería é inmensas provisiones, destinadas al ejército imperial. Dumouriez perdió allí cinco días en organizar la administracion del país y el servicio de suministros. Su designio era dejar á la Bélgica que dispusiese de sí misma, bajo la proteccion de un ejército francés. Una nacion independiente, animada por el odio al Austria, hija de nuestra revolucion, condenada á vivir ó morir con nosotros y obligada por su misma debilidad á ser el granero, el arsenal, el punto de enganches y el campo de

batalla de nuestros ejércitos del Norte, parecía con razón á Dumouriez mas útil á su patria, que una provincia conquistada, sujeta, oprimida y saqueada por los comisionados de la Convencion y por la propaganda de los jacobinos. Trataba á los belgas, desde sus primeros pasos, como hermanos, y los comisionados y los jacobinos querian tratarlos como vencidos.

Durante aquella residencia, forzada, pero funesta en Mons, los tenientes de Dumouriez, ejecutando lenta y débilmente su plan, se adelantaba cada uno sobre la línea que él les habia trazado; Valence á Charleroi, La Bourdonnaye á Tournay y á Gante. Despues de una série de combates de puestos avanzados, que se sucedieron del 12 al 14 de noviembre, el ejército entró en Bruselas, capital de la Bélgica, que habia sido evacuada la víspera por el mariscal Bender.

En uno de aquellos encuentros entre la vanguardia francesa y la retaguardia austriaca una de las jóvenes amazonas Fernig, Felicidad, que llevaba las órdenes de Dumouriez á la cabeza de las columnas, impulsada por su ardor, se vió rodeada con un puñado de húsares franceses, por un destacamento de hulanos enemigos. Libre con dificultad de los sables que la amenazaban, volvía brida con un grupo de húsares para unirse á la columna cuando percibe un jóven oficial de voluntarios belgas de su partido, derribado del caballo de un tiro y defendiéndose con su sable contra los hulanos que trataban de matarle. Aunque no conocia á aquel oficial, Felicidad al verlo, va á su socorro, mata de dos pistoletazos á dos de los hulanos, pone en fuga á los otros, se apea, levanta al moribundo, le confia á sus húsares, le hace marchar, le acompaña, le recomienda en el hospital, y vuelve á unirse con su gefe. Este jóven oficial belga se llamaba Vanderwalen: permaneció despues de la marcha del ejército francés en los hospitales de Bruselas, y olvidó heridas; pero nunca pudo olvidar la protectora apari-

cion que tuvo en el campo de batalla. Aquel rostro de muger bajo el uniforme de un compañero de armas, presentándosele en el combate para arrancarle á la muerte, é inclinada despues sobre su lecho en el hospital, se presentaba sin cesar á su imaginacion.

Cuando Dumouriez se escapó al estrangero y el ejército perdió la huella de las dos jóvenes guerreras que habia llevado consigo en sus infortunios y en su destierro, Vanderwalen dejó el servicio militar y viajó por Alemania en busca de su libertadora. Sin fruto alguno recorrió durante mucho tiempo las principales ciudades del Norte, no pudiendo adquirir ninguna noticia de la familia Fernig, hasta que por último la descubrió retirada en el interior de Dinamarca. Su reconocimiento se cambió en amor, por aquella jóven que habia vuelto á tomar el trage, las gracias y la modestia de su sexo. Se casó con ella y la llevó á su patria. Teófila su hermana y su compañera de gloria, siguió á Felicidad á Bruselas, donde murió aun jóven sin haberse casado; cultivaba las artes, siendo música y poetisa como Victoria Colonna. Dejó poesías llenas de varonil heroismo y de sensibilidad femenina, y dignas de acompañar su nombre á la inmortalidad.

Estas dos hermanas inseparables asi en la vida y en la muerte, como en los campos de batalla, yacen bajo el mismo ciprés en tierra estrangera. ¿Dónde están sus nombres sobre las páginas de mármol de nuestros arcos de triunfo? ¿Dónde sus retratos en Versalles? ¿Dónde sus estatuas en nuestras fronteras que regaron con su sangre?

Los magistrados de Bruselas al ir á presentar las llaves de la ciudad al cuartel general francés que estaba en el pueblo llamado Anderlecht, «Volved á tomar estas llaves, les dijo Dumouriez, nosotros no somos vuestros enemigos, sed independientes y no sufraís el yugo del estrangero.» Todo el ejército desfiló en medio de las aclamaciones.

maciones del pueblo, por la ciudad de Bruselas; pero el general no dejó espuesta la ciudad á las depredaciones de un ejército en campaña, ni afeminarse á éste en las tentaciones y la indisciplina de una gran capital. Encerró sus tropas en el campamento de Auderlecht: cuatro mil hombres de tropas belgas, uniéndose á los libertadores de su patria y tomando la escarapela tricolor, vinieron á afiliarse bajo sus banderas y á llenar los vacíos que la batalla de Jemmapes habia causado en nuestro ejército.

## II.

Engrandecido Dumouriez por este doble triunfo, amado de la nacion, cuya independencia habia salvado en Valmy; de su ejército que le debia la victoria, y de los belgas, cuya emancipacion prometia regularizar; ministro, diplomático, general y administrador feliz, teniendo unido su nombre á la primera victoria de la libertad, ídolo y orgullo de toda una nacion, era en aquel momento el verdadero dictador de todos los partidos. Madame Roland le escribia cartas confidenciales, en que el entusiasmo de la gloria tenia algo de delirio. Gensonné y Brissot le mostraban con el dedo la Holanda y la Alemania, para que las conquistase; los jacobinos coronaban su busto en el sitio donde celebraban sus sesiones; Robespierre callaba por no contrariar antes de tiempo el favor universal: solo Marat se atrevia á denunciar de antemano á Dumouriez, como un tráfuga ó como un Cromwell. La Convencion recibió en su seno al bravo Bautista antes su criado, ahora su ayudante de campo, le nombró oficial, le confirió armas de honor y escuchó de sus labios la relacion de sus triunfos. Danton y Lacroix solicitaron de sus colegas la mision de ir á felicitar al vencedor á Bruselas, y organizar detrás de él el pais conquistado: en

fin, el duque de Orleans, enviando su hija á madama de Genlis á Tournay, se acercó tambien al ejército en que sus dos hijos, pupilos de Dumouriez, adornaban el cuartel general, de modo que Dumouriez podia elegir, teniendo en su mano la república y la monarquía. Era para él la realizacion de aquella dictadura que La Fayette no habia hecho mas que soñar; pero sin duda la hora de proclamarla no habia llegado para él. La república, nacida apenas, no podia tener aun aquellos arrepentimientos que hacen posible el dominio de un gefe armado sobre partidos estenuados; pero aquella hora, acelerada por los movimientos anárquicos que destrozaban á Paris y que iba á diezmar á los unos por los otros, podia y debia sonar. Dumouriez nada tenia que hacer mas que dejarse levantar cada vez mas por la oleada; pero no lo hizo, al contrario, él mismo detuvo el movimiento que le traia la fortuna. En lugar de ser durante algunas campañas el conquistador de la república, pensó demasiado pronto en hacerse su moderador. Danton comprendia mejor que el mismo Dumouriez su mision militar, y el impulso temerario, repentino é inesperado que debia, sin mirar hácia atrás, dar en aquel momento á sus armas. Despues de la república, ya no era posible la paz: era preciso activar bruscamente la guerra y sorprender á los reyes aun dormidos: Dumouriez tuvo demasiado presente que era diplomático, cuando solo debia haberse acordado de su espada. Resistió á las cartas de Brissot y á las sugerencias contra él. Dió tiempo á las maquinaciones de la Inglaterra, á los armamentos de la Holanda, á la reflexion de Alemania, al desvío de la Bélgica, á que su mismo ejército se entibiase, y á las conspiraciones de sus generales contra él. La contemporizacion, muy útil con frecuencia en tiempos tranquilos, pierde á los hombres en los tiempos decisivos. La esencia de las revoluciones es el movimiento; contenerlas es lo mismo que hacerlas traicion, y militarmente esta fué la falta de Dumouriez

Los belgas, sin duda alguna, querían ser tratados con miramiento. La revolución que Dumouriez les llevaba no debía ser enteramente una servil y anárquica imitación de la de París. Los dos pueblos, tan semejantes por su situación geográfica, por el suelo y por las ideas, no se parecen en el carácter. Estos hombres del Norte, gruesos por la fertilidad de la tierra, ricos por una industria y un comercio opulento, disciplinados por un catolicismo rígido, habiendo conservado, hasta bajo el despotismo sacerdotal de Felipe II, el borrascoso sentimiento de las libertades municipales y el orgullo individual del ciudadano; de corazón libre, apasionados por las artes, rivales de la misma Roma, de genio muy á propósito para la pintura y para la música, no teniendo en su territorio aquellas grandes capitales, en que se acumula y fermenta la hez de una nación, sino solamente un pueblo y poco populacho: los belgas tenían una idea muy distinta que nosotros de la libertad. La república que les convenía, aristocrática, con clase media y sacerdocio, no era el trinafo de una plebe turbulenta sobre la riqueza y las luces del resto de la nación, era la distribución regular de los derechos y de los poderes entre todas las clases del país. En Francia la libertad era una conquista, en Bélgica un hábito. La primera necesitaba una Convención, la naturaleza de la segunda exigía un Senado.

Mas no era aquel el tiempo de deliberar acerca de la forma definitiva de gobierno y administración que debía darse á la Bélgica. Conquistarla, entusiasmarla, sublevarla á nuestro paso, atravesarla llevando con nosotros sus revolucionarios y sus soldados, á la conquista de la Holanda y del Rhin, era la única obra militar de Dumouriez. Un gobierno provisional bajo la protección y el

impulso del ejército francés, bastaba para todo: la promesa de una organización semi-independiente, proporcionada á los servicios que el pueblo belga nos hubiera prestado en la guerra común, era la única política indicada por el momento á la Convención y á su general. Dumouriez emancipando la Bélgica se hacia, á ejemplo de los generales de Roma, el patrono de un pueblo, y tenía derecho para exigir de él los subsidios y las provisiones necesarias al ejército libertador.

La Convención, cuya hacienda manejaba Chambon, estaba demasiado agotada para pagar por sí sola y mantener los ejércitos: enviaba detrás de su general, comisionados para apremiar las provincias y las ciudades belgas. Estos, tratando aquellas provincias y ciudades, mas como país conquistado que como auxiliar, se arrojaban sobre la Bélgica, como sobre una presa, y trasformaban en rapiñas personales las subvenciones patrióticas que estaban encargados de exigir y administrar. Hallándose en lucha violenta y declarada por esta causa con Chambon, con el ministro de la Guerra Pache, y con sus agentes en Bélgica, el general ponía obstáculos á las medidas de hacienda de la Convención y á la marcha de sus mismas tropas, que carecían de todo en el granero de la Europa; que murmuraban, se desbandaban y desertaban. En aquel momento llegó á Bruselas Danton con su amigo Lacroix.

Al salir de París y al buscar una misión en los campamentos, proponíase Danton un doble objeto; primero, evitar con su ausencia el declararse en la lucha abierta entre los jacobinos y los girondinos; y segundo, acercarse al teatro de la diplomacia y de la guerra. En fin, podía concertar mejor con Dumouriez los planes de dictadura que fermentaban en su alma, y el restablecimiento de una monarquía constitucional. Las noticias mas auténticas é íntimas, no dejan ninguna duda sobre los verdaderos sentimientos de Danton respecto de la república;

no ocultaba ni á su esposa, ni á sus parientes, ni á sus amigos, su deseo de combatir la anarquía tan pronto como esta se causase de si misma, de tratar con la Prusia ó al menos con la Inglaterra, de restablecer un trono y sentar en él un príncipe tan comprometido en la revolución, como la Francia. Este príncipe era entonces el duque de Orleans, bajo cuyo nombre pensaba reinar el mismo Danton. Por consejo de éste, el duque de Orleans partió en aquella época al ejército, y fué á residir algunos meses en Tournay, con pretexto de reunirse allí con su hija y con madama Genlis.

Danton, esperando que sus vagos planes tomasen consistencia, se esforzaba en hacerse el conciliador entre Pache y Dumouriez. Le importaba mucho conservar á la cabeza del ejército un general tan incrédulo como él en el sistema republicano, é igualmente inclinado á la restauracion de la monarquía constitucional.

Sin pronunciarle, pues, abiertamente sobre la cuestion de la reunion definitiva de la Bélgica á la Francia, Danton y Lacroix atizaban el fuego del jacobinismo en Bruselas; fraternizaban con los belgas mas exaltados y distribuian á sus confidentes los despojos de los bienes eclesiásticos de las iglesias y de los conventos. Su fortuna personal aumentada entonces, siendo desconocido el origen, hizo que se les acusase de imitar las concusiones de los procónsules romanos, y se vieron precisados á comprar el silencio aun del mismo general, dándole una parte de aquellas dilapidaciones nacionales.

Sea lo que quiera de estos rumores que acreditaban sin probarlos el inesplicable lujo de Danton y de Lacroix y su familiaridad con Dumouriez; el desórden, la contradiccion, y la incoherencia señalaban las medidas administrativas de los franceses desde su entrada en Bruselas. El ejército perdía sus fuerzas, la república su consideracion y el general la ocasion de afirmar su conquista y de avanzar mas y mas.

Encargó al general La Bourdonnaye que tomase á Amberes. Su vanguardia, mandada por Stengel, habiendo salido de Bruselas el 10, se apoderó de Malines, arsenal de los austriacos, donde se hallaron municiones para una campaña. El mismo Dumouriez entró en Lovayna y en Lieja. Amberes, que habia resistido hasta entonces á los débiles ataques de La Bourdonnaye, se rindió al general Miranda. Un mes bastó para la conquista de la Bélgica y el principado de Lieja. Danton, Lacroix y treinta y dos comisarios de la Convencion ó de los Jacobinos siguieron el ejército de Lieja, y decidieron este pais á que pidiese, como la Saboya, su reunion á la república francesa. Dumouriez, opuesto á esta medida, que obligaba al imperio germánico, aun indeciso, á declararnos la guerra por aquel desmembramiento de la federacion alemana, declaró igualmente con sentimiento la guerra á la Holanda, rompiendo el bloqueo del Escalda.

Interceptado este rio, se arruinaba el comercio de Amberes, rival de Amsterdam. El emperador José II, despues de haber hecho la guerra á la Holanda para obtener la libertad de navegacion en aquel rio por interés de los Países-Bajos sujetos á su dominio, habia concluido por renunciar á aquel objeto de la guerra, y por vender á los holandeses en catorce millones de francos la interceptacion del Escalda. La Francia conquistadora de los Países-Bajos, no podia respetar aquel indigno tratado que enagenaba en detrimento de sus nuevos súbditos, hasta la naturaleza. La república dió la libertad al rio, y este beneficio que la Francia hizo á los belgas, pareció una injuria á los holandeses y á los ingleses, entonces protectores celosos de la Holanda. La apertura del Escalda no contribuyó menos que la muerte de Luis XVI á que Mr. Pitt se decidiese á declarar la guerra á la república.

## IV.

Aunque victorioso y ocupando cuarteles de invierno que se extendían desde Aix-la-Chapelle hasta Lieja, el ejército francés carecía de todo y disminuía diariamente bajo la doble influencia de la miseria y de la sedición. No contaba más que una cuarta parte de sus tropas de línea: lo demás se componía de aquellos batallones de voluntarios, valientes un día de batalla, pero indisciplinados al siguiente. Los soldados, sin sueldos, sin zapatos y sin vestuario, desertaban en masa, orgullosos con una victoria, pero incapaces de hacer una campaña de invierno. Los generales y oficiales abandonaban sus acantonamientos, para ir a afeminarse en los clubs y en los placeres de las ciudades de Lieja y Aix-la-Chapelle. Los comisionados de la Convención y los enviados de los Jacobinos de París, fraternizaban con los revolucionarios alemanes, y convirtiendo á Lieja en una colonia demagógica de París, quitaban toda la libertad de acción y toda autoridad al general. La Convención, á petición de Danton, tomando en su mano la causa de los oprimidos en toda la Europa, espidió un decreto que cambiaba la guerra regular en sedición universal. «La Convención, decía este decreto, declara en nombre del pueblo francés, que concederá fraternidad y auxilios á todos los pueblos que quieran recobrar su libertad. Manda á los generales lleven socorros á los pueblos, defiendan á todos los ciudadanos que hubiesen sido vejados ó pudiesen serlo por la causa de la libertad.» Ya la guerra no tenía límites; ya no mandaban ni la diplomacia, ni la guerra, sino los comisionados. Lieja era presa de su omnipotencia y de sus depredaciones. Sin embargo, la autoridad proconsular de Danton y de Lacroix, siempre secretamente unidos á Dumouriez, defendía un poco al ge-

neral contra las exigencias de los clubistas de Lieja, y contra las denuncias de los agentes de Pache, y sobre todo de Ronsin. Danton aspiraba á rebacer su fortuna, no sostenida ya por los subsidios de la corte, y que podía aumentarse considerablemente con las ciudades conquistadas.

## V.

Inactivo y descontento durante algunas semanas, encerrado en el palacio del obispo de Lieja, lleno de cuidados, viendo huir su gloria con su ejército medio disuelto, Dumouriez solo veía á Danton, y no estaba enteramente de acuerdo con él. El vencedor de Jemmapes espiaba en un secreto desaliento los homenajes que toda la Francia tributaba antes á su nombre. Paseándose solo en los grandes salones del palacio de Lieja, miraba algunas veces su espada y se inclinaba á cortar prematuramente el nudo de una situación que soportaba con impaciencia.

Un día acosado por la tristeza y presagios siniestros, abrió un tomo de Plutarco, esa escuela de los grandes hombres, y sus miradas se fijaron en las palabras del filósofo historiador en la vida de Cleomenes: «Puesto que la cosa no es agradable, tiempo es de ver su vergüenza y de renunciar á ella.» Estas palabras tan en armonía con el estado de su alma, fueron las que inclinaron su ánimo hácia el partido de la impaciencia y de la traición. No fueron para Dumouriez las palabras del arrepentimiento y de la prudencia, sino las de la insurrección y la indignación contra su patria.

En aquel momento el proceso del rey tocaba á su fin y el príncipe á quien había servido y amado, iba á subir al cadalso, mientras él, su servidor y amigo, tenía en la mano la espada de la Francia y mandaba sus ejérci-

los. Este contraste entre su situación y sus sentimientos, le arrancó lágrimas de enternecimiento y de cólera. Tanto secretamente su ejército para conocer si quedaba aun en el corazón del soldado francés una fibra que se conmoviese con el espectáculo de un rey prisionero. Solo la república palpitaba en él, pues la memoria de tantos siglos de servidumbre pesaba sobre el corazón de los franceses. El partido de Robespierre y de los jacobinos, tenían sus seides en el ejército, en los mismos generales rivales ó enemigos de Dumouriez. La Bourdonnaye, Dampierre y Moreton conspiraban contra él: y el general sin esperanza de arrastrar una masa de su ejército para hacer un movimiento contra París, concibió el proyecto de favorecer la evasión de los prisioneros del Temple por medio de un destacamento de caballería ligera que se adelantaría con un pretexto militar hasta las puertas de París, y que cubriría en pelotones escalonados la fuga de la familia real hasta sus puestos avanzados. Este era el sueño de La Fayette, mas difícil de ejecutar en el Temple que en las Tullerías; escribió á Gensonné y á Barrere para persuadirles propusiesen un decreto á la Convencion, que le llamase á París para socorrer á la Asamblea contra las insurrecciones demagógicas de la municipalidad. Los girondinos, atrevidos para hablar, no habían tenido el suficiente valor para obrar presentando una espada á la Convencion. Barrere, hombre previsor, se separaba ya de los girondinos, halagaba á Robespierre, y no contestó al general. Este marchó á París despues de haber dirigido á los pueblos belgas una proclama para que se reuniesen pronto en asambleas primarias y nombrasen una asamblea constituyente que decidiese de su suerte y organizase su libertad.

## VI.

Despues de entrar furtivamente en París, mas como fugitivo que como triunfador, Dumouriez se ocultó en una lóbrega casa de Clichy. En el momento en que todas las pasiones estaban agitadas en pro ó en contra de la sentencia de Luis XVI, quería permanecer en la oscuridad, estudiar los hombres, espiar las circunstancias, igualmente incapaz de afectar contra el rey un furor hipócrita que no tenía en el alma, como de pronunciarse solo y desarmado por la causa de una victima que se atrevia á compadecer, pero que no podía salvar. Dumouriez se acercó sucesivamente á todos los hombres y á todos los partidos, para ver donde estaba la fuerza y augurar á cual de ellos prometia el gobierno de la república la crisis del momento. Estudió á todos con el generoso pensamiento de salvar los días del rey. Director consumado de negociaciones clandestinas, volvió á representar su primer papel, y no dudó ante ninguna intriga ni ante ningún disfraz de sus miras para avocarse con los principales gefes de opinion y lisonjear su política, su vanidad ó interés. Vestido con el mas sencillo uniforme y con la capa de oficial de caballería, se fué á pie por la noche á las entrevistas señaladas en casas que no pertenecian á ninguno de los que asistian á ellas, ó en las de sus mutuos amigos. La gloria que le rodeaba y las esperanzas confusas que se unian al general favorito de la victoria y del ejército, le abrieron todas las puertas. Vió con intimidad á Gensonné, Vergniaud, Roland, Petion, Condorcet y Brissot. La república, que estos oradores acababan de crear, ya les asustaba con sus excesos; no reconocian en ella al niño recién nacido de su ideal filosófico; temblaban delante de su obra, y se preguntaban con espanto si la democracia habia dado á luz un monstruo.

Se lisonjeaba Genoué con la esperanza de salvar al rey; Barbaroux se indignaba con la ferocidad de los parisienses; Vergniaud juraba evitar esta vergüenza á su patria, aunque debiese ser el único que disputase aquella cabeza al pueblo; Roland y su esposa deseaban tanto mas salvar las víctimas, cuanto mas se acriminaban haberlas entregado. Petion se enternecía y decía que él *amaba* á Luis XVI como hombre, haciéndole bajar del trono como rey. Pero ninguno de ellos, escepto Vergniaud, se mostraba resuelto á sacrificar la salvacion de su partido á la de aquella cabeza; ninguno, sobre todo, se mostraba dispuesto á obrar y á intentar contra la municipalidad una lucha dirigida por Dumouriez. A pesar del prestigio del nombre de éste, algunos regimientos inciertos de la guarnición de París y algunos batallones de federados de Marsella, animados por Barbaroux, no le parecian capaces de luchar con buen éxito contra el movimiento general, que sublevaba en aquel momento al pueblo. Dumouriez, que en su interior se inclinaba á aquellos aristócratas republicanos mas que al resto, se separó de ellos viendo su debilidad y su impotencia; los compadeció y despreció.

Ligado con Santerre por la mediacion de Westermann, vivió en una secreta intimidad, durante su estancia en París, con este comandante general; vió en casa de Santerre á los agitadores de la municipalidad y hasta á los hombres de setiembre; se esforzó por seducir á Pannis, cuñado de Santerre y amigo de Robespierre, é hizo que el primero insinuase á éste, que á él solo le tocaba salvar al rey.

## VII.

Robespierre, que ya veía en Dumouriez otro La Fayette que proscibir, rehusó toda relacion con él; no que-

ria otra dictadura que la de la opinion, pues detestaba la espada y esperaba que la gloria de Jemmapes, que alumbraba la Francia en aquel momento, se hubiese disipado para denunciar como conspirador al general victorioso. Dumouriez representó el papel de republicano con los jacobinos; pero se convenció cada vez mas de que estos tenian una fuerza de esplosion que ninguna política alcanzaba á dirigir ni á contener: resolvió fingir sus opiniones hasta que hubiese recibido de ellos mismos la fuerza de dominarlos. Estas relaciones intimas entre los jacobinos y él hicieron á Pache y al consejo ejecutivo mas dóciles á los planes que fraguaba para la conquista de la Holanda. Su popularidad, con el nuevo temple que adquirió en casa de Santerre, en la de Panis, de Desfieux, en los Jacobinos y en la Convencion, le dió audacia para hablar como árbitro de la guerra, y fué obedecido en los comités de aquella lo mismo que en el gabinete de Pache: solo Marat se atrevia á injuriarle en sus periódicos. Comiendo un dia en casa de Santerre, Dubois-Crancé, militar y jacobino muy popular, amigo de Marat, se atrevió á insultar al vencedor de Jemmapes, y hasta á amenazarle con un ademán. Dumouriez se levantó de la mesa, empuñó su sable y arrojó, á pesar de su pequeña estatura, la talla colosal y el brazo levantado de Dubois-Crancé. Los convidados corrieron á ponerse en medio de los dos militares, y evitaron que se mezclase la sangre con la injuria.

## VIII.

Sin embargo, el general indignado pensaba ya en la venganza; encerrado y prestando una enfermedad, en su aislado retiro de Clichy, durante los dias que precedieron y siguieron al suplicio del rey, no vió á nadie, escepto á sus tres confidentes, Westermann, Lacroix y



Danton. Pasó aquellos aciagos días en meditar su plan militar para la conquista de la Holanda, y su designio político para dominar y refrenar la revolución. Westermann, amenazado con la venganza de Marat, á quien se había atrevido á dar un bofetón en el Puente Nuevo, sonreía de antemano al pensar en la humillación de aquellos demagogos ante el sable de un ejército victorioso. Danton animaba ocultamente aquellas esperanzas de los militares, y tenía fé en una lucha desesperada entre la revolución y los tronos. Creía que era necesario fascinar con la gloria militar los ojos del pueblo, incapaz aun de comprender la gloria filosófica de la revolución. Por todas estas razones adhería su inteligencia, su corazón y su ambición á la futura grandeza de Dumouriez, á la que se unía Lacroix por su desmedido deseo de hacer fortuna.

## IX.

El plan militar, unido á la conspiración política de Dumouriez se fundaba en las siguientes combinaciones: avanzar desde Amberes con veinte y cinco mil hombres hácia el centro de la Holanda hasta el canal Moerdyk, brazo de mar que cubre La Haya, Rotterdam y Harlem, y que una vez pasado, inutiliza todas las plazas fuertes que defienden aquellas ricas comarcas; hacer un llamamiento al sentimiento republicano de los batavos, y restituir el imperio á los enemigos de la casa de Orange y á los numerosos proscritos, á quienes la última tentativa de revolución contra el stathouder había hecho acogerse á las banderas francesas. La legion batava y dos mil hombres llamados á Amberes, formarían la vanguardia de aquella expedición libertadora. Concluida la conquista, Dumouriez separaría de su ejército todos los batallones de voluntarios, cuya presencia contrariaba sus designios,

y solo conservaría en Holanda las tropas de línea mas dóciles á su voluntad y los generales adictos á sus miras. Sacaría treinta mil soldados en Bélgica y treinta mil en Holanda, reuniendo de este modo un ejército independiente, y por decirlo así personal, bajo su mando. Armaría las plazas y la flota del Texel; convocaría los representantes de las dos naciones; á los belgas en Gante y á los batavos en La Haya; los constituiría bajo la protección de su ejército, en dos repúblicas aliadas, pero independientes la una de la otra; declararía la neutralidad con la Inglaterra, haría una tregua con el imperio, y marcharía sobre Paris á la cabeza de aquel ejército combinado, para regularizar la república. Dumouriez, como aventurero confiado, dejaba á la casualidad el último resultado de esta conspiración militar ¿sería su dictadura? ¿Sería el triunvirato con Danton? ¿Sería la monarquía constitucional de 89, con el duque de Chartres por rey? ¿En fin, el protectorado perpétuo de la Holanda y de la Bélgica en su persona? ¿Y de los fragmentos de tantos tronos, pensaría en construir uno para sí, con el título de duque de Brabante? No lo decía ni lo sabía, porque jamás hombre alguno comprendió mejor la inmensa parte que es necesario dejar al destino en los planes de los hombres.

## X.

Con aquella rapidez de movimiento, que igualaba á la de sus concepciones, Dumouriez llegó á Bruselas, lanzó sus columnas, asombró á la Holanda, se apoderó de Breda y de Gertruydenberg, llegó casi sin resistencia al Moerdyk, formó una flotilla para derribarle, y tocaba á la primera parte del objeto de su plan, antes que la lentitud holandesa se hubiese movido para oponer ninguna masa fuerte contra doce mil hombres con que intentaba

trastornar un Estado. La situacion de los ánimos en Holanda combatia en su favor. Los holandeses, nacion germánica, modificada por el contacto con la mar, participan á la vez del carácter aleman y del inglés. Sesudos como los unos, libres como los otros, parece que la mar inspira á las naciones que la habitan el sentimiento y la voluntad de la libertad. El Océano, cuya vista emancipa los sentimientos, parece emancipar tambien á los pueblos. Obligados los holandeses, por decirlo así, á construirse un suelo artificial, á ensanchar su imperio con la marina, á enriquecerle con el comercio, y á completarle á largas distancias por medio de colonias en las Indias Orientales, habian sacudido la tiranía española en tiempo de Felipe II, con la espada de la casa de Orange. La independencia de las Provincias Unidas habia coronado con el título de stathouder á sus libertadores. República federativa bajo esta autoridad hereditaria, rica, feudal, amada y poderosa por sí misma; las grandes luchas entre ella y la confederacion, habian agitado recientemente aquella constitucion, cuyos miembros eran republicanos y cuya cabeza era monárquica.

Mientras de este modo marchaba Dumouriez hacia La Haya y Amsterdam, vino á desconcertar sus planes una orden de la Convencion. El príncipe de Coburgo habia reunido su ejército en Colonia, destrozado en todas partes al ejército francés, hecho levantar el sitio de Maestricht, y se adelantaba á la cabeza de sesenta mil hombres para reconquistar la Bélgica. Desmoralizados por sus reveses, y odiosos ya por sus desórdenes al pueblo belga, los soldados franceses desertaron en masa; mas de diez mil voluntarios volvieron á entrar á bandadas en el departamento del Norte. Las tropas acampadas delante de Lovayna, perdieron sus tiendas, sus equipages y su artillería. Ninguno de los generales, que las mandaban tenia bastante prestigio y autoridad para contener ó dirigir una retirada, que amenazaba trasformarse en der-

rota; solo Dumouriez podia volver á mandar aquel ejército y atraer la fortuna, que su ausencia habia dejado huir: corrió á Lovayna, irritado con aquel principio de desgracia y manifestó con afectacion por todo el camino, reconvencciones, invectivas y casi amenazas contra los agentes de la Convencion, á quien atribuia nuestros desastres, exagerándolos. Hubiera podido decirse que se esforzaba en hacer presentir á los belgas y á sus propios soldados, la posibilidad próxima de una revolucion armada contra los procónsules de la Bélgica, y contra los tiranos de París. Sembraba en su marcha la murmuracion, el desprecio y la indignacion contra ellos. Promovía la sedicion de palabra antes de intentarla de hecho.

## XI.

Viendo llegar la crisis, Danton y Lacroix, habian vuelto á París, con objeto de atenuar el choque que se preparaba entre el general y la Convencion. Los comisarios Camus, Merlin de Douai, Treillard y Gossuin se habian retirado á Lila, con las bandas de los desertores del ejército, para detenerlos y reorganizarlos al abrigo de los muros de la ciudad. Fueron á encontrar al general en jefe á Lovayna; le reconviniéron por las disposiciones administrativas que se habia atrevido á adoptar en Bruselas, y entre otras la de que se restituyese la plata á las iglesias. Dumouriez como jefe, responsable solo á la Francia y á la posteridad y no á la Convencion, «id á ver, dijo á Camus, jansenista austero, que reunia la supersticion mas exaltada al jacobinismo mas inflexible, id á ver en las catedrales de la Bélgica las hostias pisoteadas y esparcidas sobre el pavimento de las iglesias; los tabernáculos, los confesonarios rotos y los cuadros destruidos. Si la Convencion aplaude tales crímenes, si no

los castiga, el descrédito caerá sobre ella y sobre mi desgraciada patria. Sabed que si fuese necesario cometer un solo crimen para salvarla, yo no le cometería: este estado de cosas deshonra á la Francia y estoy resuelto á salvarla.» Los comisionados atónitos al ver tal audacia, principiaron á creer los sordos rumores que acusaban á Dumouriez de querer levantar un poder contra otro. «General, le dijo Camus, que aun no se atrevia á mirar sus sospechas como crímenes; se os acusa de aspirar al papel de César, si yo estuviese seguro de ello, yo seria Bruto y os daría de puñaladas.» Dumouriez, que se habia descubierto demasiado, llamó á su socorro aquella lijereza de actitud, y aquella ironía que servian de velo á su disimulo. «Mi querido Camus, respondió, yo no soy César, y vos no sois Bruto, y la amenaza de morir por vuestra mano me asegura la inmortalidad.» Al separarse de los comisionados, el general escribió á la Convención una amenazadora carta en la que le acriminaba con insolencia la desnudez del ejército, las depredaciones de sus agentes, la reunion impolítica de la Bélgica á la Francia, las profanaciones, los sacrilegios, las rapiñas, que marcaban los pasos de nuestros ejércitos en un país amigo, y le hacian responsable de los desastres de Aix-la-Chapelle, de Lieja y Maestricht. Exageraba aquellos, para hacer mas duras sus recriminaciones. Solo dejaba de acusar al general Beurnonville, su discípulo y amigo.

Acababa éste de reemplazar á Pache en el ministerio de la Guerra. Beurnonville, á quien Dumouriez llamaba su Ajax, habia sido nombrado por la influencia y la indicacion de Danton. Dumouriez concluia su oficio presentando su dimision, de la cual hablaba con frecuencia como un reto que hacia á sus enemigos. La Convencion sabia bien que la confianza y el afecto de las tropas, no aceptaria nunca otro general.

Se llenó de gozo el ejército al ver de nuevo á su gefe, creyendo encontrar en él la victoria. Dumouriez trató á los oficiales y á los soldados, como un padre que halla á sus hijos. La marcial severidad de sus reprensiones, no hizo mas que añadir respeto al entusiasmo que sabia inspirar. El ejército contaba aun cuarenta mil hombres de veterana y sólida infantería, y cinco mil de caballería, de aquellos valientes regimientos que habia adquirido cada uno un nombre célebre en la guerra en el antiguo ejército. Contaba ademas con sus flancos, con su linea de operaciones, con las guarniciones de la Bélgica, y el cuerpo destacado que invadia la Holanda, que reunidos formaban cerca de otros cuarenta mil combatientes. De los cuarenta mil hombres que tenia á la vista Dumouriez, dió diez y ocho batallones á la derecha al general Valence, y otros tantos al duque de Chartres en el centro, igual número á Miranda á la izquierda; una reserva de ocho batallones de granaderos al general Chancel, una fuerte vanguardia de seis mil hombres al anciano general Lamarche, antiguo coronel de húsares, que conservaba á pesar de sus cabellos blancos, el entusiasmo de su juventud. El 16 de marzo Dumouriez atacó á los austriacos en Tirlemont, obligándolos á replegarse.

El principe de Coburgo, que diariamente recibia nuevos refuerzos, y desplegaba mas de sesenta mil combatientes bajo sus órdenes, habia concentrado su ejército entre Tongres y Saint-Tron. Las tres poblaciones de Nerwinde, Oberwinde y Midlewinde, habian sido abandonadas por el general austriaco, como campo de batalla y premio de la victoria entre los dos ejércitos. Dumouriez formó el suyo en muchas columnas, tres á la derecha al mando del general Valence, para cercar la izquierda de los austria-

cos y amenazar á Saint-Tron : dos en el centro á las órdenes del duque de Chartres , que mandaba tambien la reserva , y tres á la izquierda bajo la direccion del general Miranda. Dió la señal del ataque general el 18 al salir el sol. Sus columnas de la derecha se adelantaron sin obstáculo hasta la altura de Saint-Tron ; pero rechazadas despues por las masas de caballería , volvieron á apoyarse sobre la infantería del centro. El duque de Chartres tomó dos veces la villa de Nerwinde , pero la abandonó la tercera despues de haber visto caer á su lado á su mejor segundado, el general Desforets. Dumouriez volvió á tomar por cuarta vez aquella aldea, sacrificando algunas columnas de infantería. El impetu de las masas austriacas le obligó á evacuarla de nuevo. Reunidas por el duque de Chartres y por el general en jefe á cien pasos del pueblo , la caballería y la infantería del centro y de la derecha, recibieron muchas veces la carga de quince mil hombres de caballería austriaca. Valence batiéndose como soldado , recibió un sablazo y le alejaron del campo de batalla. Thouvenot haciendo abrir las filas para dejar pasar los escuadrones , descubrió los cañones cargados á metralla y rechazó aquella mutilada caballería. De este modo la batalla parecia ganada ó indecisa delante de Nerwinde, en la derecha y en el centro de los franceses.

Pero la izquierda, compuesta de voluntarios y mandada por Miranda, desmayó despues de haber perdido la mayor parte de sus generales y de sus oficiales victimas del fuego de la artillería. Miranda, sin advertir al general en jefe, se retiró con su division mas de dos leguas á la espalda de la línea de batalla. La izquierda del ejército que era el eje de toda la accion en el plan de Dumouriez, habiendo flaqueado en el centro y en la derecha, imposibilitaba practicar el movimiento sobre Nerwinde y Saint-Tron ; el ejército carecia ya de base. Observando Dumouriez por la tarde, que algunas masas de infantería

y caballería se dirigian de la izquierda á la derecha del principe de Cobourgo, principió á sospechar la catástrofe ó la defeccion de Miranda. Dejando á su confidente Thouvenot para vigilar el centro y la derecha, corrió casi solo al galope hácia las posiciones que habia señalado á Miranda. Las encontró abandonadas por sus tropas , ocupadas por Clairfayt y logró librarse de las húsares austriacos por la lijereza de su caballo. Continuando en busca de su ala izquierda que iba en retirada , por caminos estraviados , solo , en medio de la noche admirado de aquel silencio y de aquella soledad, encontró á las puertas de Tirlémont algunos batallones de voluntarios , sin artillería ni caballería á los lados del camino real.

## XIII.

Estos fugitivos le anunciaron la pérdida de tres mil de sus compañeros , que habian quedado en el campo de batalla. El general admirado de la actitud inmóvil é indiferente de Miranda en Tirlémont , le hizo severas reconvenciones y pasó la noche dando órdenes de retirada al duque de Chartres y á Valence. Estos dos cuerpos tenían ya tres generales y dos mil hombres muertos , bastante artillería perdida y seis mil voluntarios desbandados , huyendo hácia Lovayna.

Danton y Lacroix , con la noticia de la derrota , llegaron á Lovayna en el momento en que Dumouriez entraba vencido en esta ciudad. Iban desde Paris , como mediadores , para suplicar al general en jefe retractase la altanera carta que habia dirigido á la Convencion. Pasaron la noche procurando persuadirle , por convenir al interés de su situacion y el de su ambicion comun , que mostrase aun algunas consideraciones á la Convencion. Dumouriez les entregó un billete de seis líneas , que sin

ser una retractacion , era un paliativo. Danton volvió á marchar la misma noche, conociendo que se debilitaba el prestigio que su política adquiría sobre Dumouriez, y comprendiendo con el instinto seguro, pero rápido, de que estaba dotado, que una derrota era mal preludio de dictadura.

## XIV.

Apenas regresó Danton, cuando el coronel Mack jefe de estado mayor del príncipe de Coburgo, entró en Lovayna como parlamentario, y arregló con Dumouriez un convenio secreto, que arreglaba paso á paso las marchas de los dos ejércitos hasta Bruselas. Los imperiales debían respetar la retirada de los franceses, y limitar sus hostilidades á aquellos encuentros insignificantes de vanguardias y retaguardias, necesarios sólo para ocultar á las tropas la connivencia de los generales. A pesar de estas precauciones, que aseguraban á los imperiales la restitucion de la Bélgica y á Dumouriez la seguridad de su retirada, la de Lovayna se cambió en derrota para los franceses. Con dificultad Dumouriez, que no se atrevió á resistir en Bruselas con un ejército desbandado, consiguió formar con la guarnicion de aquella capital y con sus mejores regimientos, una retaguardia sólida de cerca de quince mil hombres para cubrir la marcha de los restos de su ejército hácia Francia. Hizo arrestar al general Miranda y le envió á Paris, por órden de la Convencion como victima espiatoria de los desastres experimentados.

Aquel mismo dia se celebró en Ath la última y fatal conferencia entre el coronel Mack y Dumouriez. El duque de Chartres, el coronel Montjoie y el general Valence, concurrieron á ella. Estaba en el ejército el partido de Orleans entero, y asistía representado por sus primeros hombres, al acto que debía derribar la república, y

colocar por mano del pueblo y de los soldados, la corona constitucional sobre la frente de un príncipe de aquella casa. Dumouriez olvidaba que una corona levantada del suelo en la defeccion, en medio de una derrota sostenida por los austriacos y por un general traidor á su patria, no podía de ningun modo conservarse en las sienes de un rey. Mientras Dumouriez marchase hácia Paris para derribar la Constitucion, los austriacos avanzarían como auxiliares en el territorio francés y se apoderarían de Condé como garantía.

## XV.

En aquel convenio secreto, la demencia rivalizaba con la traicion. Dumouriez que creía pasar el Rubicon y que tenia siempre á César delante de los ojos, olvidaba que César no habia conducido los galos á Roma. Hacer tomar partido á su ejército en uno de los bandos que dividian la república, despues de haber vencido al extranjero y asegurado las fronteras; marchar sobre Paris y apoderarse de la dictadura, era uno de esos atentados políticos que la libertad no perdona y que el buen éxito y la gloria escusan algunas veces en circunstancias muy criticas; pero entregar su ejército, abrir sus plazas fuertes al imperio, guiar él mismo contra su pais las legiones enemigas que su patria le habia encargado combatir ó imponer con la ayuda del estrangero un gobierno á su pais, era traspasar mil veces los errores de los emigrados, porque estos no eran mas que transfugas, y los confederados de Ath eran traidores.

En consecuencia de esta reunion nocturna, Dumouriez fué á Tournay con su estado mayor: reunió en torno suyo seis mil hombres de caballería los mas adictos á su persona, distribuyó en las plazas fuertes inmediatas á Li-

la, Valenciennes y Condé, como en los campamentos de Maulde y de Saint-Amand, los generales y las tropas á quienes mas fácilmente creía seducir, y lo preparó todo para la grande perfidia con que queria admirar á la Europa y anonadar la Convencion.

A pesar de todo, como tenia á la vez que ocultar su desigüo y revelarle á medias para preparar el ánimo de las tropas, el sordo murmullo de la traicion que meditaba se estendió alrededor de él y se difundió hasta Paris el vago presentimiento de algun gran crimen. Danton y Lacroix se mantenian inmóviles y aparentaban desconfiar de un general, á quien habian visto tan orgulloso é irritado. Los girondinos, enemigos del nombre de Orleans, denunciaban á la sospecha, un general en cuyo estado mayor habia dos príncipes de aquella casa: hacían ademas observar que madama de Sillery, amiga y confidente de Felipe Igualdad, y su hija la señorita de Orleans, jóven princesa de edad de diez y seis años, se hallaban en Tournay en el momento en que Dumouriez urdía alli sus tramas; de modo que el cuartel general del que mandaba en nombre de la república, se parecia á la córte anticipada de una monarquía de Orleans. Los jacobinos enviaron tres emisarios, Proly, Dubuisson y Pereyra, para sondear al general y decidirle á sostener su partido contra la Gironda. «No creais, les dijo Dumouriez despues de haberlos oido, que vuestra república pueda subsistir; vuestros errores y crímenes la han hecho tan imposible como odiosa.»

## XVI.

Dumouriez, entretanto, amenazando en vez de obrar, parecia víctima de aquel trastorno mental que se apodera del hombre cuando perpetra un crimen, é imprime en

sus actos la incoherencia y la agitacion de sus pensamientos. Toda su audacia se desahogaba en palabras, dando á su ejército tiempo para reflexionar, y por consiguiente para arrepentirse. Retirado en el pueblecillo de Saint-Amand con su estado mayor y sus regimientos mas adictos, supo sucesivamente la capitulacion de la ciudadela de Amberes devuelta á los austriacos por nuestras tropas; la derrota del campamento de Maulde, y la insurreccion patriótica de los ciudadanos de la guarnicion de Lila contra el general Miaczinsky, á quien habia encargado se apoderase de aquella ciudad.

En Saint-Amand, Dumouriez solo tenia consigo al duque de Chartres, al duque de Montpensier, su hermano, al general Valence, al ayudante general Montjoie, Thouvenot, Nordmann, coronel del regimiento de Bercheny, y á los oficiales de su estado mayor. Habia encontrado en Tournay y llevado á Saint-Amand, para protegerla á la vez contra los austriacos y contra la Convencion, á la princesa Adelaida de Orleans, hermana del duque de Chartres. Esta jóven dotada de una gracia noble, de un talento precoz y de un alma enérgica, se veía á la sazón errante en los confines de la Francia y de la Bélgica, rechazada de su patria por las leyes contra la emigracion, y del extranjero por el odio que el nombre de su padre inspiraba á los enemigos de la revolucion. Unida á sus hermanos por una amistad que la desgracia, el destierro y el trono debia alternativamente probar é ilustrar, buscaba en los campamentos la proteccion del ejército. Tenia por compañera otra jóven de su edad, Pamela Seymour, á quien la voz pública creía hija del duque de Orleans y de madama de Genlis. Esta jóven, de una estremada belleza, educada como una hermana de los príncipes y de la princesa de Orleans, acababa de casarse en Tournay con lord Eduardo Fitz-Gerald, primer par de Irlanda é hijo del duque de Leinster. Este jóven patriota irlandés se inflamaba en el campamento francés con la

pasion de la libertad: conspiró poco despues para sustraer á la Irlanda al yugo de la Inglaterra, y habiéndolo sido condenado á muerte como gefe de aquella conspiracion, evitó el suplicio suicidándose en un calabozo, y legó un nombre mas á los patriotas de su pais.

## XVII.

Madama de Sillery-Genlis, confidenta del duque de Orleans, se hallaba tambien en el cuartel general. Muger cuyo rostro era todavia seductor, notable por su talento y acostumbrada á la intriga, daba con su presencia á la conspiracion de Dumouriez, el colorido de la casa de Orleans. El general Valence era yerno de madama de Genlis; el duque de Chartres y el de Montpensier sus discipulos, la princesa Adelaida su pupila, y los jacobinos sus perseguidores. En su casa se reunian todas las noches los principales gefes de los cuerpos que era necesario seducir y conmover en contra de la república. Dumouriez conocia que tenia alli toda una revolucion en rehenes. Sino enarbolaba abiertamente la dinastia de Orleans, todo lo que le rodeaba era una bandera que se complacia en desplegar, para hacer presentir y adoptar por la opinion las esperanzas de una monarquia revolucionaria. Seducido por su papel de protector, armado de una princesa jóven, bella, y perseguida, mostraba hacia ella un culto que daba al ejército el ejemplo del respeto.

En medio de aquellas mugeres desterradas y de aquella sociedad sospechosa á la república, Dumouriez esperaba ocioso que su ejército le violentase y le hiciese marchar contra Paris. Algunos sintomas sordos le anunciaban sin embargo, de todas partes, la defeccion de sus generales, alarmados con la idea de marchar contra su patria. Del descontento de un ejército al acto de volver

sus armas contra su propio pais, hay tanta distancia como del murmullo al crimen. Dumouriez habia tomado los rumores de los soldados por una opinion, y la insubordinacion por sublevacion. Ya se sabia en Saint-Amand que la Convencion deliberaria sobre el partido que debia tomar respecto del general rebelde, y que iba á llamarle á su barra para pedirle cuenta de su conducta. Danton, Robespierre y hasta Marat, temiendo dislocar el ejército en presencia del enemigo victorioso, y negándose á dar asenso á la traicion, habian obtenido dificilmente que aquella medida se suspendiese por algunos dias. Entretanto, el campamento estaba lleno de espías de la Convencion, y los voluntarios, menos soldados que ciudadanos, espíaban por sí mismos los pasos de su general.

Seis de aquellos voluntarios de un batallon de la Marna, irritados con las habillitas del ejército, se atrevieron á presentarse armados en la audiencia del general, llevando escrita con yeso en sus sombreros la palabra «república.» Intimaron á su gefe que obedeciese á las órdenes que iba á recibir de la Convencion, y le declararon que imitadores de Bruto, habian jurado darle de puñaladas si dudaba obedecer la voz de la patria. Habiéndoles respondido el general en términos que confirmaban sus sospechas, se adelantaron para rodearle; pero el fiel Bautista que espíaba con la vista sus movimientos, se avalanza con el sable en la mano entre su amo y los soldados, llamando á la guardia. Los voluntarios cogidos y desarmados fueron puestos en prision. Dumouriez, exagerando á propósito el peligro que habia corrido, esparció la noticia de una tentativa de asesinato contra él, con objeto de atraerse el cariño por medio de la indignacion, y lo consiguió. Muchas felicitaciones firmadas por todos los cuerpos, protestando el horror con que miraban aquel atentado, y su confianza inalterable en su gefe.

## XVIII.

Durante este tiempo, la Convencion despues de largas dudas, habia al fin espedido el decreto que separaba al general de su ejército, y le llamaba á París para que diese esplicaciones sobre sus faltas y sus planes. Dumouriez no se hacia ilusion sobre lo que significaba un decreto de esta naturaleza, y se creia demasiado culpable para arrostrar el exámen de su conducta; conocia que una vez separado de sus soldados, no se volveria á dar al ejército un general que habia hecho temblar á la república; queria mejor sucumbir en una tentativa armada contra los opresores de su patria que presentarse humildemente á ofrecer su cabeza sin defensa y sin venganza. Ademas, aunque la astucia de sus discursos, la audacia de su actitud y la influencia de Danton le hubiesen hecho absolver, su ausencia solo desconcertaria todos los planes convenidos entre Mack y él. Estaba por lo tanto firmemente resuelto á desobedecer á la Convencion, y sino podia engañarla por mas tiempo, se preparaba á consumir su último acto de rebelion, contra los comisionados que se atreviesen á enviarle.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 2 de abril á medio día, se anunció la llegada al campamento del ministro de la Guerra en persona, era Beurnonville, amigo personal de Dumouriez. Beurnonville bajó del coche, acompañado de cuatro comisarios, Camus, Lamarque, Bancal y Quinette: Camus, hombre austero, que llevaba á la revolucion el rigor del jansenismo y los escrúpulos de la probidad; Lamarque, abogado locuaz y declamador, acostumbrado á vociferar el patriotismo en los ejércitos; Bancal, negociador prudente y templado, á propósito para intervenir con moderacion en las pasiones de los partidos; Quinette, en quien el instinto del orden

igualaba á su pasion por la libertad, se esforzaba siempre en ajustar la teoria á los límites de lo verdadero, y el patriotismo á los de lo justo.

## XIX.

Al entrar Beurnonville se precipitó en los brazos de Dumouriez, como para hacer ver á los espectadores con aquella accion, que no queria encadenar al general á la patria, sino apelando á sus sentimientos y á sus recuerdos. Le dijo que habia querido acompañar á los comisionados portadores del decreto de la Convencion, para añadir el influjo de la amistad á la voz del deber. Camus, para evitar á Dumouriez el embarazo de espli- carse en público, y para que las intercesiones confidenciales de los comisarios tuviesen mas latitud y mas intimidad, suplicó al general separase los testigos que incomodaban para que reinase toda la franqueza necesaria, ó que pasasen a una habitacion mas retirada. Los generales y los oficiales presentes, murmuraron al oír estas palabras, como si se hubiese querido sustraer á su general á la proteccion de sus miradas y de sus sables; Dumouriez los calmó con un ademán, llevó á Beurnonville y á los comisarios á su gabinete, pero los generales exigieron quedase la puerta abierta para vigilar, sino las palabras, á lo menos la seguridad de la conferencia. Camus presentó el decreto á Dumouriez, y el general le leyó con una impassibilidad parecida al desprecio; despues devolviéndosele al comisario, respondió que la ejecucion de aquel decreto seria la disolucion del ejército y la pérdida de la patria, que no rehusaria obedecer, pero que queria hacerlo á su tiempo y no cuando conviniese á sus enemigos, concluyendo por ofrecer irónicamente su dimision; esta ironia no paso desapercibida para los comisionarios.



«Y despues de haber dado vuestra dimision ¿qué hareis? le preguntó con ansia Camus.—«Lo que juzgue oportuno», contestó el general con altivez: solo os declaro que no iré á hacerme envilecer y condenar en París por un tribunal revolucionario.—¿Es decir, que no reconoceis este tribunal? replicó Camus.—Le reconozco como un tribunal de sangre y de crimen, contestó Dumouriez, y en tanto que tenga una pulgada de hierro en la mano no me someteré á él.»

## XX.

Los demas comisionados, temiendo que la aspereza de las palabras entre Camus y Dumouriez tuviesen un violento desenlace, se interpusieron como afectuosos mediadores y suplicaron al general obedeciese por la forma á la orden que le llamaba á París, respondiéndole con sus cabezas de que la Convencion satisfecha le volveria á enviar á su ejército inmediatamente. Quinette se ofreció á acompañarle, á escudarle con su cuerpo y á acompañarle de nuevo á su cuartel general. Baneal le citó los brillantes ejemplos de obediencia á la patria de los grandes hombres de la antigüedad. «Los romanos, respondió Dumouriez, no mataron á Tarquino, no tenían ni clubs, ni jacobinos, ni un tribunal revolucionario; tigres que anhelan mi cabeza, y yo no quiero dársela. Y ya que me citáis los romanos, os digo que yo he representado muchas veces el papel de Decio, pero que nunca seré Curcio, y que no me precipitaré en el abismo.—¿Es decir que os negais á obedecer á la Convencion? preguntó cagóricamente Camus.—Os juro, dijo Dumouriez, que cuando mi patria tenga un gobierno y leyes, yo la daré cuenta de mis actos y los someteré á su juicio; hacerlo ahora seria una locura.»

Se retiraron los comisionados á otro aposento para deliberar: Dumouriez quedó un momento solo con Beurnonville; trató de seducir al ministro demostrándole el peligro que corria en París y ofreciéndole el mando de su vanguardia. «Bien sé, respondió heróicamente Beurnonville, que debo ser victima de mis enemigos, pero moriré en mi puesto. ¡Mi situacion es horrible! Veo que estais decidido, que vais á tomar un partido desesperado, y os pido por única gracia que me deis participar de la suerte, cualquiera que sea, que reservais á los diputados.—No lo dudeis, respondió Dumouriez, y creeré, obrando así, serviros y salvaros.»

Beurnonville y Dumouriez volvieron á entrar en la sala donde estaba reunido el estado mayor. El coronel de los húsares de Bercheny, Nordmann, cuyo regimiento estaba formado en batalla delante de la residencia del general, recibió la orden para tener treinta hombres elegidos de su regimiento á la puerta, y pronto á ejecutar lo que se les mandase. Estos húsares eran todos alemanes ó alsacios; la diferencia de idioma los garantizaba contra la elocuencia patriótica de los comisionados, pues solo conocian la voz de su coronel.

Despues de una hora de deliberacion secreta, en la que el inflexible Camus combatió con intrepidez la templanza de que aun querian usar sus colegas para evitar aquel disgusto á la patria, entraron los diputados. Brillaban en sus rostros la calma de la resolucion, la autoridad de la ley y la varonil tristeza de su mision; intimaron de nuevo al general que obedeciese al decreto, á lo que aquel se negó. «Pues bien, dijo Camus, os declaro suspenso de todas vuestras funciones; ya no sois general; prohibo que se os obedezca, mando que os arresten, y sello vuestros papeles.» El sordo murmullo del estado mayor y el movimiento de los oficiales que se acercaban con la mano en la espada para cubrir á su general, hicieron ver á los comisionados que su voz era desconoci-